EMMA MARS
CON
NOCTURNIDAD
Y
ALEVOSIA

CON NOCTURNIDAD Y ALEVOSÍA

Emma Mars

(2015)

Etiquetas:Humor

Lorena se ha levantado con el pie izquierdo. Le duele la cabeza, apenas recuerda nada de lo que ocurrió anoche y un rápido vistazo a su apartamento le basta para darse cuenta de dos hechos incontestables: sus pertenencias más preciadas ya no están y su acompañante de la noche anterior tampoco. ¿Ha sido víctima de un robo mientras dormía?

A través del humor y la intriga, y gracias a una curiosa visita de Lorena a comisaría, en este relato corto acabaremos descubriendo los acontecimientos que precipitaron una velada repleta de sorpresas.

CON NOCTURNIDAD Y ALEVOSÍA

UN RELATO CORTO

DE

EMMA MARS

Con nocturnidad y alevosía

©Emma Mars

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Internet:

Facebook: EmmaMarsEscritora

Email: unachicademarte@gmail.com

Blog: unachicamarciana.wordpress.com

Para Helena.
"Estábamos juntos, el resto del mundo se me olvidó"
(Walt Whitman)

—¿Dónde dice que se conocieron?

—En un bar de Chueca, no recuerdo su nombre.

—En-un-bar-de-Chue-ca—escribió el oficial de Policía con parsimonia, en una letra redonda, casi infantil, que desentonaba con su apariencia de hombre fornido y curtido en las calles de Madrid.

Tardó al menos treinta segundos en escribir esta sencilla frase, de manera que Lorena estaba empezando a perder los nervios. Eran las ocho de la mañana, apenas había pegado ojo, y el frío que reinaba en la comisaría estaba empezando a calarle los huesos. ¿Es que intentaban ahorrar en calefacción?

Echó una ojeada por encima de su hombro y vio a par de oficiales ataviados con su uniforme azul marino. Estaban saludando con algarabía a su compañero que atendía el mostrador de entrada. Hacían bromas y tanto ruido que a Lorena le despertaron dolor de cabeza. Uno de ellos posó un café sobre el mostrador. "Aquí tienes, tu café con leche", le dijo a su compañero, con aires de camarero displicente. Seguramente regresaban de su turno de noche, pero no hacía falta armar ese escándalo, pensó Lorena contrariada. Un café bien cargado, eso era lo que necesitaba ella en ese momento.

—Oiga, ¿le importaría darse prisa? Estoy cansada —le apremió al Policía, ciertamente malhumorada.

El funcionario alzó una ceja sin dar crédito a lo que había escuchado. *¿Qué?* tuvo ganas de espetarle Lorena, *¿le pica algo?*, pero se contuvo de inmediato. Por su cara de pocos amigos supo que se metería en problemas si hacía cualquier otra apreciación. Especialmente una tan desafortunada como la que acababa de decir.

—Yo también estoy cansado, señorita —le informó el Policía con tedio. Tenía surcos negros bajo los ojos, como si llevara toda la noche en vela. Probablemente así había sido. Consultó su reloj de pulsera en un movimiento mecánico, y luego se apretó la nariz con el dedo índice y pulgar en lugar de sonársela. *Menudo guarro*—. ¿Y cómo dice que se llamaba?

—Me dijo que Patricia, pero qué sé yo, podría haberse inventado el nombre. Ya no me fío.

—Pa-tri-cia—volvió a decir el Policía mientras escribía el nombre de la susodicha. Lorena puso los ojos en blanco con

desesperación—. ¿Apellido?

—No tengo ni idea.

El funcionario frunció el ceño ante la escasa información que le estaba brindando Lorena. —Con estos datos que me da poco o nada podemos hacer. ¿Recuerda algo más? ¿Algún dato que pueda ayudarnos? ¿Recuerda cómo era?

Pues claro que lo recordaba. Se había pasado la noche con ella, joder, cómo no iba a acordarse. Cara de no haber roto nunca un plato, ojos penetrantes, sin embargo, diría que hasta misteriosos y cautivadores, la clase de mirada que no se olvida fácilmente porque se te cala en el alma. La melena negra y larga, al revés que la suya, que la llevaba corta, el pelo normalmente erizado gracias al producto que usaba para peinárselo, aunque ahora lo tuviera aplastado por culpa de la almohada. Observó al Policía, que la estaba mirando con interés, como si acabara de descubrir, albricias, que era lesbiana.

¿Hola? Te acabo de decir que nos conocimos en un bar de Chueca. Por dios santo, que acabe esto ya.

—Morena, pelo largo, ojos negros, del montón, vaya —le informó Lorena desapasionadamente.

—Eso no va a ser de gran ayuda —repuso el Policía—. ¿No recuerda nada más? Piénselo. Una marca de nacimiento, una cicatriz, algo que la pueda identificar.

—Ahora que lo dice, tenía un lunar en el coño. ¿Le vale con eso?

El Policía no pudo evitar abrir los ojos con sorpresa. *Bien. Eso no se lo esperaba.* Estaba mintiendo, pero qué más daba. Aquel mamón no se merecía buenos modales.

—¿Es que no va a apuntar eso? —se quejó al ver que esta vez ninguna letra redondeada manchó el formulario que estaba rellenando—. Apunte, apunte.

—Me temo que una mancha en los genitales no es relevante, señorita —esgrimió él haciendo gala de una cortesía que por su gesto contrariado estaba segura de que no sentía.

—Un lunar, no una mancha. Y he dicho coño, no genitales. Apunte eso también.

¿Es que no había nadie más allí que pudiera ayudarla? Miró de nuevo hacia atrás, y vio a una señora que lloraba a

lágrima viva. Llevaba en sus brazos a un perro caniche, entre sollozos estaba explicando cómo un desalmado la había asaltado durante su paseo matinal con el canino y se había llevado su bolso de un tirón. El funcionario del mostrador estaba intentando calmarla, visiblemente molesto por los sollozos de la señora. Tal vez contrariado de no haber podido acabarse su primer café de la mañana. Los otros policías ya se habían ido, una lástima, pensó Lorena, porque el que tenía enfrente no servía ni para regular el tráfico de un domingo de agosto en la Castellana. Menuda suerte la suya.

El Policía pegó la espalda contra la silla y puso las manos sobre la mesa, en clara señal de que estaba perdiendo la paciencia. *Cálmate, Lorena, cálmate, que la vas a cagar.* Entrelazó los dedos, suspiró hondo y clavó los ojos en ella.

—Oiga, dígame la verdad, ¿me está tomando el pelo? ¿Es esto una broma?

—No, qué va. Solo estoy intentando darle los datos que usted me pide.

El hombre respiró profundamente, su inmenso pectoral moviéndose pesadamente de arriba abajo como lo haría un fuelle industrial. Tenía una cara increíblemente común, de esas que se olvidan al segundo de haberlas visto. Podría habérselo cruzado un millón de veces en el metro y aun así no la recordaría. Su cuerpo, en cambio, no pasaba desapercibido fácilmente. Los hombros anchos y cuadrados, el cuello grueso y firmemente enraizado en el tronco. Solo con mirar su abultado bíceps a Lorena se le quitaron las ganas de seguir incomodándole.

—¿Algún dato más? —volvió a pedir el funcionario con voz firme y autoritaria.

Si antes le había parecido un meapilas cualquiera, un hombre pusilánime cuyo comportamiento no se correspondía con su apariencia, ahora a Lorena le dio justo la sensación contraria. Sus nuevas formas casaban infinitamente mejor con el armario empotrado que era. Lorena no pudo evitar ponerse rígida a causa del miedo, plenamente consciente de que si se hubiera encontrado con alguien así en un callejón oscuro, se hubiera orinado encima.

—Yo qué sé, déjeme pensar, tengo una memoria malísima.

Lorena se llevó el dedo índice a la boca como si así pudiera rememorar mejor los acontecimientos. ¿Qué distinguía a Patricia de las demás? Tenía una cara bastante común, de eso no cabía duda. Y su cuerpo también lo era. Los pies, quizá un poco más grandes de lo normal, y la noche anterior, cuando estaban a punto de quedarse dormidas, le había descubierto un sabañón cuando asomaron por el borde de la sábana. Pero si le decía eso al Policía, seguramente acabaría siendo escoltada hacia la salida. Tendría suerte si no la echaban de allí a patadas poniéndole unas apretadas esposas y lanzando la llave a las profundidades del Manzanares. Así que no, pies descartados. Podía hablarle de sus pechos turgentes y bien puestos, o de sus pezones rosados, sus caderas redondas y ese culo que la puso tan loca, pero tampoco le pareció una información relevante para una investigación policial.

¿Qué tal la nariz? Sí, eso estaba bien, podía decirle que tenía la nariz un poco torcida, el hueso imperfecto, como una piedra en el camino con la que acabarías tropezándote si lo recorrieras a pie.

—¿Y bien? —se desesperó el Policía, pues estaba tardando demasiado en darle una respuesta.

—La nariz. La tiene un poco rota, ya sabe, como si le hubieran dado un pequeño puñetazo o algo así.

El Policía abrió el cajón de la derecha de su escritorio, que chirrió con la misma intensidad que un cerdo a punto de ser sacrificado. Lorena puso una mueca de desagrado. Sacó de su interior un par de carpetas de color amarillo limón y las dejó caer ruidosamente sobre la mesa. Las cubría una fina pátina de polvo y Lorena no pudo evitar estornudar cuando cosquilleó su nariz.

—¿Cuál de estas diría que se parece más? —le preguntó el funcionario, tendiéndole varias fotografías que había dentro de la carpeta.

Las examinó sorprendida. Se trataba de varios retratos robot que mostraban ilustraciones de diferentes apariencias, haciendo un énfasis especial en la nariz. Narices romas, narices torcidas, respingonas, aguileñas, pequeñas, redondas, como un porrón de vino, narices grandes y pequeñas, narices asiáticas y

caucásicas, negras, indias, de raza indeterminada. Había tantas reconstrucciones que por un momento se sintió como si estuviera en la consulta de un cirujano y este le estuviera enseñando con orgullo su catálogo. "Elija su nariz", le diría el pajarraco.

—Joder, yo qué sé. Aquí hay muchas.

—¿Es un lío de narices, eh? —comentó el Policía en un intento de humor.

Lorena abrió los ojos anonadada.

—Ejem, sigamos—carraspeó el hombre, comprendiendo que Lorena no estaba de humor ni tampoco apreciaba el suyo. Sus mejillas acababan de adquirir un tono bermellón que denotaba la vergüenza que sentía—. ¿Ve alguna que le resulte familiar?

—No sé, tal vez esta—. Lorena señaló una en particular. Era lo más parecido a la nariz de Patricia, perfecta pero imperfecta, larga en su tronco, se estrechaba al fundirse con las fosas, y en el centro del tabique nasal un bultito apenas perceptible, como si el escultor se hubiera olvidado de tallar esa zona—. Sí, esta se parece.

—Na-riz-tor-ci-da—resumió el funcionario, de nuevo en voz alta, la lengua fuera, lamiéndose el labio como si estuviera haciendo una compleja operación matemática—. Ahora eche un vistazo a los retratos robot. ¿Cuál diría que se parece más a ella?

Echando mano de una paciencia que no tenía, volvió a revisar otro conjunto de fotografías. Estaba demasiado cansada para prestar la atención que debiera, pero su naturaleza jocosa no le impidió hacer un par de bromas.

—Joder, qué cosa más fea —dijo al ver una de las fotografías en particular.

—Limítese, por favor, a identificar a la sospechosa —le pidió el Policía de mal humor.

Lorena no le prestó demasiada atención. Por alguna razón, a pesar del cansancio y la resaca que sentía, no era capaz de dejar de reír. Tal vez los nervios le estaban jugando una mala pasada, pero nadie podía negarle que aquellas eran unas mujeres muy feas. ¿Es que no había ninguna delincuente decente? En las series de policías esto no pasaba. Agentes de la

autoridad y sujetos de mal pelaje, todos estaban para probar y repetir.

—¿Ve alguna que se parezca a Patricia? —le insistió el Policía.

Revisó de nuevo las fotografías, esta vez meticulosamente, intentando recordar las facciones de Patricia, tratando de ver sus semejanzas con aquellos retratos de gente tan poco atractiva. Lorena pasaba las fotografías como si estuviera deshojando una margarita. *Esta me la follaría, esta no, esta… ¡ugh, joder, no!* Por fin llegó a una en particular que llamó su atención. Era la reconstrucción de una muchacha en su treintena, todavía conservaba cierta frescura de su juventud y era atractiva, aunque los años ya habían empezado a marcar las expresiones de su cara. Le pareció la que más se asemejaba a Patricia. Una mujer lo suficientemente interesante como para llamar su atención, nada que ver con las otras que había visto previamente.

—Quizá esta —comentó, separándola de las demás y tendiéndosela al funcionario, que la revisó con minuciosidad —. No es exactamente igual, pero se parece bastante.

El Policía escribió el número de fotografía en el parte. Todas llevaban un código identificativo para hacer su labor más sencilla.

—Oiga —le interrumpió Lorena mientras él se afanaba en escribir los números con su letra de primaria—, ya sé que necesitan todos estos datos y demás, pero yo lo que quiero saber es qué va a pasar con mis cosas. ¿Entiende? —Lorena echó el cuerpo un poco hacia delante, reclamando su atención, obligándole a mirarla—. Esa cabrona me lo ha robado todo. La tele, el iPod, mi ordenador Mac y no sé qué otras cosas más. Quiero que me lo devuelvan. Estamos hablando de mucha pasta.

—La entiendo perfectamente, pero eso ya no depende de nosotros.

—¿Cómo que no depende de vosotros? ¿Entonces para qué coño está la Policía?

—Para capturar a la señorita que le ha robado sus pertenencias.

—Joder.

Lorena sintió deseos de levantarse y patear algo. De hecho, la papelera de metal que había en una esquina parecía estar tentando su suerte, la atraía como un imán. Estaba torcida en un lado, como si alguien la hubiera pateado ya antes, algo que no le extrañaba lo más mínimo, así que nadie se escandalizaría si ella también le daba un puntapié y volcaba su contenido en el suelo.

Estaba enfadada. Frustrada. Cansada. ¿Qué mierda era aquello de que no se iban a hacer cargo de sus cosas? ¿Para qué estaba allí, entonces?

—Cálmese, siempre hay una solución —la intentó animar el funcionario, intuyendo su agitación.

Lorena hundió la mejilla en la mano con abatimiento. —Ya, porque usted lo diga, claro.

—Mire, una vez rellenemos el parte y se lleve a cabo la investigación, a lo mejor puede reclamar el robo a su aseguradora. ¿Tiene seguro de hogar?

—No tengo ni idea —respondió con cansancio—. Vivo de alquiler.

Había alquilado aquel estudio un año antes, en una de las calles aledañas a la plaza de Chueca. No era un palacio, pero era barato. Apenas quinientos euros al mes, a cien euros los diez metros cuadrados, toda una ganga para los precios que marcaba el mercado inmobiliario. Especialmente porque se encontraba en el centro, a un pie de la Gran Vía y a otro de la glorieta de Bilbao.

No se podía quejar, aunque estaba bastante desastrada. La casa tenía problemillas con la presión del agua, de manera que podías ducharte solo cuando al grifo le daba la gana; había manchas de humedad en el techo, la cocina era antigua y una manita de pintura no le hubiera venido nada mal. Aquel color amarillo huevo que lucían casi todas las paredes le hacía sospechar que había sido pintada en tiempos de Postguerra, cuando esos colores reinaban en todas las revistas de decoración. Y la lámpara de araña, y las puertas de madera de roble con cristaleras que se deslizaban hacia los lados para separar comedor de salón. Su apartamento reunía todos los requisitos para que un diseñador de interiores se llevara las manos a la cabeza, pero le bastaba para regresar a casa,

derrengada de su trabajo como fotógrafa de una revista de moda.

Nunca lo hacía antes de las diez de la noche, así que a menudo tenía tantas cosas desperdigadas por el suelo que cuando abría la puerta y daba unos pasos, se iba tropezando con diferentes objetos, antes de atinar con el botón de la luz. Pero eso ya era una cuestión de orden personal, el cual brillaba por su ausencia en todas y cada una de las casas que Lorena había alquilado. Las medias usadas se confundían con las toallas colgadas en el baño. Los libros, con ceniceros repletos de colillas. Había revistas apiladas en varios rincones del pequeño apartamento, ropa usada sobre el reposabrazos de su butaca favorita y los platos sucios solían apilarse con desorden en el fondo de la pila. Incluso una vez se encontró con un sujetador enredado en la lámpara del techo. Lorena no sabe cómo demonios llegó hasta allí, pero estaba segura de que no era suyo, su ex lo tuvo que poner allí, aunque ella siempre lo hubiera negado.

Semejante maraña de cosas le impedían a menudo recordar qué aspecto tenía su apartamento cuando estaba limpio, cuando entró por primera vez en él, le echó un vistazo rápido y dijo "me lo quedo".

Recordaba vagamente el día, único en su especie, un hito en su corta existencia de veintiséis años, en el que le dio por ordenarlo todo. Su madre venía de visita, había cogido un autobús por sorpresa desde el pueblo, y la llamó para informarle de que llegaría en seis horas, que por favor fuera a buscarla a la estación porque llevaba al menos cuatro bolsas llenas de la comida que más le gustaba.

—Que estás muy delgada, hija —le dijo su madre con preocupación.

—Sí, ya sé, te recojo en la estación en seis horas.

Difícilmente podía engordar si su madre le daba esos sustos, pensó cuando colgó el teléfono. Entonces se puso manos a la obra para poner orden en el caos reinante que siempre la acompañaba. Ataviada con un jersey viejo, pañuelo blanco en la cabeza, y un mandilón que nunca usaba porque cocinar realmente no era lo suyo, ese día Lorena dedicó al menos cuatro horas en limpiar, barrer, fregar y abrillantar. Le

dio incluso tiempo de lavar las cortinas; hacía calor y se secarían rápidamente al sol si las dejaba colgadas de la ventana.

Las cuatro horas de limpieza se tradujeron en cinco bolsas de basura repletas de desechos capaces de provocar un estado de catatonia en cualquier fanático del orden, y la vecina, que estaba asomada a la ventana, empezó a protestar porque no eran horas de sacar la basura a la calle.

—¡Eh! ¡Que luego multan a toda la comunidad! —le gritó asomando medio cuerpo por la ventana.

—¡Váyase al infierno, vieja amargada!

—¡Al infierno te vas a ir tú por bollera!

Lorena sonrió con orgullo. "¡Bollera y a mucha honra, señora!" le gritó a la dichosa vieja. Aquella mujer nunca descansaba. Empleaba su vida en el noble arte de espiar a los demás, y vaya que si lo hacía bien. Se enteraba de todo, la muy cabrona. Si el Policía quería información, era a ella a quien debía preguntarle.

—Entonces debería preguntárselo a su casero. Si se trata de una casa alquilada, está obligado a pagar un seguro de hogar —le sugirió el oficial, devolviéndola de nuevo a la realidad.

Anhelaba tanto estar de regreso a casa y no allí, muriéndose de frío, que por un momento se había evadido recordando a la zorra de su vecina. *Ojalá se muera la puta vieja*, pensó con enfado. Ni siquiera le había dado tiempo a desayunar y sus tripas estaban empezando a protestar. O tal vez fuera solo dolor de estómago por el alcohol que había ingerido la noche anterior.

—Sí, eso haré. Oiga, ¿por casualidad no tendrá algo para el dolor de estómago?

El Policía enarcó las cejas con sorpresa.

—Ya, ya sé que esto es una comisaría y no una farmacia, pero es que me estoy muriendo de dolor.

Entonces aquel hombre tan fornido como torpe metió una mano en el destartalado cajón y le tendió una pastilla. Al final iba a resultar que era un buen tipo, pensó.

—No tengo agua —le advirtió.

—Da igual, puedo tomármelo así. —Lorena se metió el comprimido en la boca y se lo tragó de inmediato, esperando

que hiciera efecto cuanto antes. Empezaba a sentirse mareada.

—Sigamos, entonces—recapituló el Policía—. ¿Recuerda algo más de anoche? ¿Qué pasó cuando se conocieron? ¿A dónde fueron? Hágame una descripción lo más detallada posible.

Lorena empezó a hacer memoria. Después del antro de Chueca habían estado en otro antro no muy diferente al anterior, pero sí un poco más grande y oscuro. Había ya varias personas bailando en el centro de la pista, mayoritariamente mujeres, porque a Lorena le gustaba salir por el ambiente, aunque también es verdad que había algunos hombres, probablemente gays o curiosos que se acercaban a los bares de lesbianas para verlas en vivo y en directo, algunos incluso para reírse de ellas. A veces le daba la sensación de que esos energúmenos las trataban como si fueran una especie de zoológico y quisieran estudiarlas en su propio ecosistema, sin un cristal de por medio.

Lorena odiaba a este tipo de curiosos, si hubiese sido por ella tendrían vetado el acceso al local, pero había aprendido a ignorarlos con la misma facilidad con la que ignoraba a las pretendientas indeseables. Nada más entrar hizo lo propio con una que la observó como si fuera un delicioso pollo y ella no hubiera probado bocado en cinco días. Esa muchacha estaba en ramadán sexual, su mirada no le dejó lugar a dudas. Tenía una mirada hambrienta, necesitada, de esas que te piden hasta con las pestañas que te acerques cuanto antes a su propietaria.

Lorena no solía tener este efecto en las mujeres, se podría decir que incluso era demasiado tímida, le costaba acercarse a desconocidas. Por lo general, además, prefería no tener aventuras de una noche. Probó suerte con este tipo de relaciones cuando su ex y ella lo dejaron definitivamente. Estaba dolida y echaba de menos el calor de su cuerpo por las noches. Después de ocho años juntas, le costaba trabajo conciliar el sueño sin ella en la cama. Extrañaba las risas y las noches en vela follando, las bromas, planes e incluso las aburridas tardes de domingo picándose a la consola. Echaba de menos tantas cosas que llegó incluso a olvidar los celos y discusiones que habían acabado con su relación.

Decidió entonces probar suerte con una estudiante

universitaria cinco años menor, que la acabó dejando exhausta. Cometió el error de darle su teléfono y contestar su llamada al día siguiente, pero Susana iba a demasiadas fiestas, conocía a demasiada gente, y a la segunda cita comprendió que, simplemente, estaban en fases vitales diferentes. Luego estaba Vanesa, o Vane, como insistió en que la llamara la noche que pasaron juntas. A Vane le gustaba el sexo duro y quería que le dijera cosas guarras en la cama, algo que le hacía sentir incómoda porque eso solo lo hacía cuando ya tenía confianza con su pareja. Además, el sexo con ella tampoco fue tan satisfactorio. Quien diga que todo funciona a la perfección en los primeros encuentros sexuales, miente. Las personas tienen que conocerse, catarse, explorarse para llegar a conectar del todo. O, al menos, eso era lo que estas experiencias frugales le hicieron pensar a Lorena.

En todas ellas había buscado rellenar el vacío que su ex había dejado. Y con todas ellas solo consiguió que su ausencia se le hiciera más difícil de sobrellevar, como si hubiera abierto una herida que no se acababa de cerrar. Después de estar con Vanesa, Vane, cuando se despidieron con un beso frío que resumió muy bien el encuentro de aquella noche, Lorena incluso acabó con la cara hundida en la almohada, llorando desconsoladamente. Se sintió sola y extrañamente sucia, hasta se dio una ducha purificadora, y se juró a sí misma que nunca más.

Hasta esa noche, así había sido.

No obstante, a nadie le amarga que le dediquen una mirada enardecida, así que cuando advirtió los ojos lobunos de la desconocida que la observaba con interés, no pudo evitar sonreír con satisfacción, aunque a los pocos segundos desviara la mirada para no dar lugar a malentendidos. Esa noche estaba allí con Patricia y pretendía dedicarle toda su atención.

La música estaba alta y era malísima, porque por alguna razón le resultaba imposible encontrar música de calidad en los bares de mujeres del barrio gay. Lo más decente que pinchaban era Malú, y estaba cansada de escuchar a María Lucía. Ella era más de la cuerda de un NineInchNails, no sé, tal vez de una Beyoncé si llevaba ya varios cubatas y le apetecía bailar, pero las lesbianas parecían enloquecer siempre que

sonaba aquel estribillo que rezaba “me has enseñado tú” y Lorena sentía a menudo tentaciones de decirles que no, que no les habían enseñado nada si ese era todo el tipo de música que escuchaban.

En cualquier caso, ahora ya estaban allí, y Patricia estaba encantadora, le resultaba magnética. La música le importaba poco en compañía de alguien como ella. Patricia era una mujer diferente a cuantas Lorena había conocido antes, de eso no cabía duda, capaz de confesar que la noche anterior había estado viendo una basura de reality show, y que al día siguiente se había perdido por los pasillos del Museo del Prado para empaparse de una exposición sobre la obra de Goya en Madrid.

—Es una preciosidad, seguro que te encantaría.

—No soy mucho del Prado o de Goya.

—El arte es arte, da igual de quién venga —repuso Patricia.

Le gustaba su manera de mirar, pero sobre todo su forma de mirarla, entre tierna y expectante, como si esperara algo de ella, de Lorena y de nadie más, y esos ojos que jamás conseguiría olvidar, de hechicera, invitándola a pasar el resto de la noche con ella, tal vez la vida entera.

Se acercaron a la barra para pedir algo. Las atendió una camarera muy atractiva, de pelo corto y camisa de cuadros, prototípica pero bonita, con unos rasgos que le conferían un aire andrógino; sin duda había sido contratada con mucho tino. A muchas mujeres esta apariencia las volvía locas.

—¿Qué tomas? —Se giró para dirigirse a Patricia.

—Gin-tonic.

—Un gin-tonic para la señorita y a mí ponme un ron con Coca-Cola.

La camarera hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se puso a ello. Copas. Hielos. Brebaje de los dioses. Aquella iba a ser una buena noche, una divertida, de las que recordaría con el paso de los años, así lo había decidido Lorena nada más vio a Patricia y aceptó acercarse invitada por su sonrisa.

—Nunca había estado aquí —le informó Patricia—. ¿Tú sí?

—Un par de veces —confesó Lorena, aunque supiera que “un par” era apuntar muy bajo.

Solía ir allí todos los fines de semana. Las porteras la

conocían. La DJ atendía amablemente sus peticiones musicales, aunque ahora ya estuviera cansada de sugerirle que pinchara algo más contemporáneo, y por supuesto, también se sabía la vida de las camareras.

La que las estaba atendiendo se llamaba Lucía, tenía una novia celosa y un perro que había rescatado de la perrera. Solía discutir con la novia por la cantidad de chicas que se le acercaban en el bar para hacerle propuestas indecentes o, simplemente, dedicarle comentarios obscenos. La novia quería que ella dejara el trabajo, pero Lucía no encontraba nada. Además, recientemente le había confesado que le encantaba trabajar allí, así que imaginaba que su interés por encontrar otra profesión no era muy elevado.

Cuando la novia de Lucía estaba en el bar, como era el caso, Lorena prefería mostrarse distante para no meterla en problemas. Apreciaba a Lucía lo suficiente para hacer esto por ella. La novia estaba en la otra punta, al lado de la cabina de la DJ, charlaba a voz en grito con ella, aunque desde donde estaban Lorena y Patricia no podían escuchar lo que decían. Las separaban al menos cinco metros, pero la distancia no era ningún impedimento para que la novia monitorizara todos los movimientos de Lucía. Lo hacía sutilmente, para que no se le notase, aunque su cara de perro sabueso la delatara. La saludó con un gesto de la cabeza cuando sus miradas se cruzaron y ella le correspondió de igual manera.

—¿La conoces? —se interesó Patricia.

—Es la novia de la camarera. —Lorena señaló a Lucía, que estaba agachándose para coger las botellas. Prefería dejar las cosas claras desde el principio, no quería celos tontos esa noche, de esos ya había tenido suficientes lo que le restaba de vida.

—Aquí tienes, Lore. —La camarera deslizó las copas por la barra en su dirección—. Son doce, pero te lo dejo en diez.

—Ten. —Depositó un billete de diez euros sobre la barra y le dio el primer sorbo a su ron con Coca-Cola.

—Para no venir mucho por aquí, parece que las conoces muy bien a todas —ronroneó Patricia.

Los celos otra vez. Lorena sabía reconocerlos a grandes distancias, como si fueran un coche cegándola con sus luces

largas. Le cogió la mano a Patricia en un gesto que esperaba que fuera tranquilizador y le dijo:

—Esta noche estoy aquí contigo. Me refiero a que me importa un huevo el resto. Por mí como si Jennifer Lawrence entra ahora mismo por esa puerta. ¿Vale?

Ella pareció darse por satisfecha. —Vale.

Se dirigieron entonces a una zona que estaba un poco más concurrida. Un grupo de chicas habían hecho un corro y aplaudían a otra que bailaba en el centro. Ocupaban tanto espacio en el local que Patricia y Lorena acabaron con la espalda pegada a la pared. Aun así, a Patricia le apetecía bailar y se puso a ello, dando codazos cuando era necesario reclamar espacio, meneando la cadera con sensualidad, cantando los estribillos más animados y rodeándola seductoramente con los brazos cuando pinchaban una canción un poco más lenta.

Mientras ella danzaba, Lorena dio un sorbo a su bebida y echó un vistazo alrededor. Le pareció que un par de muchachas del grupo vecino la miraron con envidia. Una de ellas se acercó a la otra y le susurró a saber qué en el oído, sin apartar la mirada de Patricia. Desde luego, no cabía duda de que estaba bien acompañada esa noche. Casi le entraron ganas de sonreír con orgullo. Patricia era todo sensualidad, y en un arrebato que unos definirían como pasión y otros como celos, extendió el brazo y la atrajo hacia sí para darle un beso.

Patricia respondió de inmediato. Pegó su cuerpo al de Lorena como si hubiera estado esperándolo toda la noche. Parecía darle igual que su reacción hubiera sido muy similar a la de un perro marcando su territorio. Patricia quería ser marcada y así se lo estaba haciendo saber, su lengua acariciando la suya, trazando círculos concéntricos, dinámicos, que consiguieron arrancarle un suspiro o dos. Si la noche seguía circulando por aquellos raíles, Lorena estaba segura de que la acabarían en un lugar diferente, más mullido e invitador, y ella conocía el lugar perfecto: calle Santa Teresa, 32. Allí les esperaba su colchón.

¿Estaría su piso presentable? pensó, sintiéndose torpe pensar algo tan inapropiado en medio de un beso. Claro que no estaba presentable, nunca estaba presentable, su trabajo no le dejaba tiempo. Así que cuando los besos pasaron a las

manos y de repente tenía a Patricia acariciándola en público sin ningún pudor, Lorena le susurró al oído:

—¿Tienes casa?

—Sí, pero también tengo compañeros de piso. ¿Vamos a la tuya?

—Vale. ¿Ahora?

—Cuanto antes. Me muero de ganas.

Las palabras de Patricia fueron suficientes para que se olvidara del desorden, la pila de platos sucios, la caja de pizza de la noche anterior dejada de cualquier manera sobre la mesa. Lorena la agarró de la mano y tiró de ella hacia la calle. Tuvo suerte, justamente pasó un taxi.

—¡Taxi! —gritó apresuradamente.

A partir de este momento no recuerda con nitidez lo que ocurrió. Drogas no tomaron porque hacía mucho tiempo que pasaba de esa mierda, pero además de las copas de los bares que visitaron, en su casa abrieron una botellita de vino que le sobró de una cena improvisada con su mejor amigo.

—¿Sería capaz de recordar la matrícula del taxi?

Lorena se echó a reír ante la pregunta del Policía. —¿Usted la recordaría en una situación así?

Él se encogió de hombros. —Nunca está de más fijarse, especialmente si acostumbra a llevar mujeres desconocidas a casa.

Lorena frunció el ceño, confundida. —¿Perdón? ¿Está insinuando que llevo a menudo a mujeres a mi casa? —se ofendió—. Oiga, sepa que en mi casa nunca entra nadie que no conozca. Lo de anoche fue una excepción.

—Ajá —afirmó el Policía mientras escribía en el parte algo que no fue capaz de leer.

—¿Qué coño está poniendo? ¿Acaso no me cree? Se lo estoy diciendo en serio. No soy ninguna fulana, si es eso lo que está pensando.

—Señorita, yo no pienso nada, solo me dedico a hacer mi trabajo —puntualizó el hombre con cansancio, tal vez pensando que este era uno de los partes más complicados que había rellenado en su vida. A excepción, claro, de aquel en el que el afectado estaba borracho y su lengua se trataba de tal manera que tuvieron que posponer la denuncia para cuando se

hubiera dado una ducha, dormido y comido algo. El tipo regresó al día siguiente. Parecía otra persona.

—Ya, bueno, pues no se haga el listillo. Patricia es la primera mujer que llevo a mi casa en años. Antes tenía pareja estable.

—¿Quiere que ponga eso en el parte? —preguntó el Policía con sorna. Lorena enrojeció.

—No, no es necesario. Táchelo, ¿quiere?

—No lo he escrito. ¿Ve? —El Policía le mostró el parte, había dejado de escribir en la línea donde ponía "consumo y mezcla de varias bebidas alcohólicas". Le pareció una acertada manera de resumir una buena noche de juerga—. Continúe.

Ahora tenía que relatar la parte más vergonzante de esa noche, esa en la que Patricia entró en su casa y caminaron casi a trompicones porque no podían dejar de besarse. Y, bueno, también porque los pasos se les fueron complicando con tantas cosas como había tiradas por el suelo. Le daba un poco de vergüenza tener que contarle todo esto al Policía. Normalmente le habría dado igual, pero ese funcionario tenía el don de sacarla de sus casillas.

—Tomamos vino —le informó Lorena con sequedad.

Fue ella la que propuso que abrieran la botella de vino para alargar un poco más la velada. Apenas eran las doce, y tenía ganas de saber de Patricia, que le contara algo más sobre su vida antes de llevársela directamente a la cama. Ella era así, tal vez demasiado romántica, no sé, pero le gustaba pensar que las mujeres se lo agradecían. A Lorena le molestaba cuando la trataban como un ser desechable, de usar y tirar, e intentaba no hacer eso mismo con los demás. Ella era más dada al romance, incluso cuando sabía que la historia no iba a prolongarse.

—¿Por qué brindamos?—preguntó Patricia, alzando su copa.

—Por nuestro encuentro —sugirió Lorena, un brillo juguetón en sus ojos, que miraron a su acompañante por encima de la superficie acristalada.

Patricia se mojó los labios y dejó una marca de carmín rojo en la copa, algo que hacía tiempo que no pasaba en ese estudio de cincuenta metros cuadrados. La última mujer que había estado allí no se pintaba los labios. Su ex, sí.

—Qué bonita foto —afirmó Patricia tomando en sus manos el único marco de fotografía que había en el salón. Lorena apartó con el pie un par de libros para llegar hasta ella.

—Sí, ese es Ricardo, un compañero de trabajo. Nos hemos hecho muy amigos —le informó Lorena, observando la fotografía con detenimiento.

Se la habían tomado en la cena que todos los años celebraba su empresa por Navidad, cuando todavía no se habían puesto de moda los *selfies* ni los palos que ahora llevaban los adolescentes a todas partes. Su jefe se empeñó en sacarles una fotografía, aunque Lorena estuviera teniendo uno de los peores días de su vida. "Fotografía de los fotógrafos", les dijo en un intento de ser divertido sin conseguirlo. Lorena y Ricardo intercambiaron una mirada cómplice y ambos hicieron un esfuerzo para no escupirle en la cara.

Le dejaba pasmada lo mucho que alguien podía transformarse en un entorno más desenfadado, alcohol y buena comida de por medio. Su jefe era en realidad un cabronazo que pagaba poco y exprimía mucho. Se dirigía a sus trabajadores con desdén, a veces incluso gritando, tenía denuncias por acoso y también de una ex trabajadora embarazada a la que había despedido cuando regresó de su baja por maternidad. Era un ser despreciable, sin escrúpulos, egocéntrico y ciclotímico. A él solo le importaban tres cosas: el coche deportivo que se había comprado, "igualito al Aston Martin de James Bond en Casino Royale", solía recordarles, al que trataba mejor que a su propia esposa, el número de ejemplares que se vendían mensualmente y el abultado sueldo que le pagaban para que la revista siguiera siendo una de las más reputadas del país. Y ahora el muy gilipollas era todo sonrisas, incluso se permitía hacerles una bromita. *Mamonazo*.

A pesar de todo, Lorena y Ricardo hicieron de tripas corazón y esbozaron su mejor sonrisa para la fotografía. Si el estúpido de su jefe conseguía hacer un buen trabajo, tal vez incluso tuvieran un recuerdo bonito, como así fue. Los dos estaban sonriendo en la foto, parecían radiantes, y sin embargo, cualquiera que la conociera un poco sabría lo rota que estaba Lorena por dentro. La fotografía que ahora Patricia tenía en la mano se la habían sacado justo el día en el que cortó

con su ex. Alguien que gustara de reparar en los detalles, no habría tenido problemas en advertir que Lorena tenía los ojos vidriosos y un poco hinchados, producto de haber llorado unos minutos antes en el baño. La mano de Ricardo estaba posada sobre su hombro, la agarraba de manera protectora como diciéndole "tranquila, estoy aquí". Después de esa noche se hicieron inseparables.

—Ni siquiera sé por qué la enmarqué—afirmó Lorena con cierta melancolía—. Me la sacaron en una época no muy buena de mi vida. Mi ex acababa de dejarme, ¿sabes?

Patricia abrió los ojos con sorpresa. Después bajó la mirada al suelo, como si no deseara hablar de relaciones pasadas o el comentario le hubiese recordado algún momento doloroso de su propia vida. —Vaya, lo siento —dijo entonces—, eso sí que es una mierda. Pero estáis guapos —afirmó, de nuevo señalando la fotografía. Lorena la observó por encima de su hombro.

Era cierto que estaban especialmente favorecidos esa noche. Ricardo se había puesto una americana de color negro, lo cual le hacía parecer un poco mafioso pero interesante, porque era un hombre calvo y tenía siempre un rictus serio. Ella había elegido también llevar americana y vaqueros. El look le sentaba bien, aunque la tristeza que sentía, en su opinión, deslucía un poco la compañía del risueño Ricardo.

De no haber sido por el pelo corto de Lorena y sus inconfundibles gestos un poco masculinos, una pluma aquí y otra allá, cualquiera podría haberles tomado por novios. Aunque eso eran solo etiquetas, bien lo sabía Lorena, que había conocido a decenas de mujeres felizmente casadas y con hijos mucho más masculinas que ella, del tipo que vive en una urbanización con piscina y queda en el Hipódromo de Madrid para echar una partida de cartas con las amigas.

—Tu amigo parece un hombre muy interesante —apreció Patricia—. Si no fueras gay, haríais una buena pareja.

—Sí, supongo que sí.

—Pero ya sabes quién me parece más seductor de los dos —dijo Patricia, perfilando la mejilla de Lorena con su dedo índice. Este simple gesto consiguió despertarle un escalofrío en la espalda, como si una filita de hormigas estuviera

recorriendo con prisa su espina dorsal—. Eres muy guapa.

—Tú lo eres más —replicó Lorena, excitada por lo que vendría a continuación.

Su mente viajó en dirección a su dormitorio antes de que ellas lo hicieran. Tenía ganas de recorrer aquella anatomía con las yemas de sus dedos, aprendérsela de memoria, cerrar los ojos y dejarse llevar, sonreír cuando ella dijera "fóllame ya, que no aguanto más". Porque eso es lo que Patricia diría, no podía ser de otro modo, o al menos lo que estaba deseando que saliera de esos labios carnosos suyos pintados con una barra de labios que le recordaba al color de la sangre caliente.

Pensarlo despertó en su interior un sentimiento tan mamífero como primigenio. Tenía ganas de quitarle toda la ropa y hacerle el amor allí mismo, sobre la alfombra, las revistas caducadas, los zapatos que se había puesto el día anterior, un par de cojines que se habían caído del sillón. En realidad le daba igual dónde fuera, por Lorena como si lo hacían en el rellano de la escalera, en donde la vecina cotilla pudiera verlas y amenazara con contárselo al presidente de la comunidad, como si él pudiera detenerlas por escándalo público (*¡ja!*). Solo deseaba que sucediera cuanto antes porque no estaba muy segura de poder soportar durante mucho más tiempo las ganas que tenía de tocar esos pechos.

—¿Talla?

—¿Está de coña? ¿Para qué quiere saber su talla?

—Tal vez sea un dato relevante. —El Policía se encogió de hombros, fingiendo una seriedad que en realidad no sentía. Lorena pudo atisbar el comienzo de una sonrisa, era apenas perceptible, pero allí estaba, a punto de brotar como un chorro de la Cibeles—. Si la mujer tenía un busto fuera de lo normal, digamos que de talla grande, nos puede ayudar a localizarla —puntualizó, desconcertándola todavía más.

—Acláreme algo: ¿Hacen lo mismo con los hombres? ¿Los identifican por el tamaño de su polla?

—Señorita, por favor…

Lorena puso los ojos en blanco. Esas cosas la cabreaban. —No, sus pechos eran normales. Yo de verdad no sé para qué le cuento esto. ¿No puede poner ahí sexo y ya está? —le sugirió, señalando el parte con enfado.

La suya estaba empezando a convertirse en la visita más larga a comisaría que jamás hubiera hecho. A partir de entonces se dejaría de rodeos y se centraría única y exclusivamente en lo que le interesaba. Esto es, su iPod, su Mac, la televisión de pantalla plana, y demás cosas cuyo importe deseaba recuperar.

"Coito", escribió escuetamente el Policía.

—¿Tiene usted nombre? —le preguntó Lorena, recelando. Aquel Policía era tan torpe que empezaba a sospechar que aquella no sería su última visita a comisaría—. ¿Puedo ver su placa identificativa? Es por si tengo que volver aquí por lo que sea.

—Manuel Montilla —replicó él escuetamente, tal vez aburrido de que se la pidieran. Las protestas y concentraciones de los últimos años habían hecho estragos en este sentido. Ahora estaba de moda entre los ciudadanos pedirles que se identificaran—. Bien, sigamos. ¿Qué sucedió después de que practicaran el coito?

Le hubiera gustado decirle que entonces se acostaron de nuevo, y después otra vez, y otra más, para ver qué cara ponía el animal. Manuel Montilla consumía porno lésbico, Lorena estaba segura de ello, y en su torpeza le estaba dando demasiados detalles. Será cabronazo, pensó.

—Pues estábamos ya un poco cansadas, así que nos quedamos dormidas —le aclaró, imaginando la decepción interna del Policía.

—¿A qué hora fue eso?

—No sé, las tres o cuatro de la mañana.

—Acaba de decirme que llegaron a su casa sobre las doce —protestó Montilla. Las horas no le cuadraban.

—¿Y?

—Y que practicaron un solo coito —dijo él en toda su pomposidad.

Lorena sonrió. Montilla se había metido en un aprieto él solito, qué divertido. —Sabe que el sexo entre mujeres no dura diez minutos, ¿verdad? Vaya, que no es un pim-pam-pum como el que usted puede practicar con su señora. Además, algunas son multiorgásmicas.

Montilla enrojeció. Y luego carraspeó con incomodidad.

Lorena no supo lo que apuntó en el parte, pero notó que le temblaba un poco la mano fruto del pudor que sintió.

—Entonces se fueron a dormir —dijo él, reconduciendo la conversación hacia temas que le hacían sentir más cómodo.

—Sí, así es. Espere, ahora que lo recuerdo, creo que me drogó.

—¿La drogó? ¿Cómo está tan segura?

—Porque yo no me duermo así de rápido después de… bueno, que no me duermo así de rápido, joder. Normalmente tardo un poco en quedarme dormida, a veces incluso me doy una ducha o me fumo un cigarro.

—¿Y no lo hizo esta vez?

—No, y lo peor es que ni siquiera recuerdo cómo pasó. Solo sé que me desperté a eso de las siete de la mañana y la pájara esa ya no estaba. Se había llevado todas mis cosas.

—Pero si se despertó tan pronto y se fueron a dormir tarde, ¿no cree que es poco probable que la drogara? Los efectos de los narcóticos duran varias horas —razonó el oficial Montilla.

—Mire, yo no soy médico, ¿vale? Solo digo lo que sentí, que yo no me duermo así tan de repente después de haber echado un buen polvo, así que anótelo ahí. Digo lo de las drogas, no lo del buen polvo.

Lorena señaló el parte una vez más y se llevó una mano a la sien con un gesto de dolor. Le estallaba la cabeza, seguramente producto del alcohol. Había dormido tan pocas horas que lo podía notar todavía fluyendo por sus venas. No estaba borracha, pero tampoco serena. Qué ganas tenía de agarrar su almohada y dormir el resto del día.

El Policía se apresuró a dejar constancia de que la víctima creía que había sido drogada con alguna sustancia que incitaba al sueño.

—¿Y el corte que tiene en la cara? —Montilla señaló la fea marca que recorría la mejilla de Lorena desde el lóbulo izquierdo hasta el final de la mejilla. Estaba todavía fresco, restos de sangre así lo indicaban con un simple vistazo—. ¿Se lo hizo usted?

Lorena se revolvió en su asiento, como si Montilla acabara de ahondar en un asunto incómodo. Se llevó una mano a la mejilla y notó la superficie del corte al final de los dedos. El

leve roce fue suficiente para hacerle sentir un pinchazo de dolor.

—Coño… —susurró.

—¿Qué? ¿Ha recordado algo?

—Sí, tache lo de las drogas. Acabo de recordarlo todo.

Las cejas de Montilla se elevaron en señal de no comprender. Ahora más que nunca estaba empezando a creer que tenía enfrente a una persona desequilibrada.

—¿Qué ha recordado? —le preguntó con toda la paciencia que supo reunir, dadas las circunstancias.

—Ella me pegó. La muy cabrona me atizó una bofetada y me hizo esto con su anillo.

—¿Me está diciendo que quiere cambiar toda la versión del relato?

—No, joder, solo la parte en la que pienso que me drogó. Supongo que estaba tan mareada por el golpe que no he conseguido recordarlo hasta ahora. He dormido poco, ¿sabe? Todavía no pienso con claridad.

Armándose de paciencia, Manuel Montilla tachó los últimos párrafos del parte. —¿En qué momento le pegó?

—Después de que nos acostáramos. Yo estaba ya medio dormida, por eso no lo he recordado hasta ahora, pero me desperté de repente. La busqué para abrazarla, bueno, ya sabe, hace frío estos días, el calor corporal nunca viene mal. —Lorena sonrió con picardía, pero Manuel Montilla la miró impertérrito—. Ella no estaba en la cama, así que me incorporé para ver si se había ido. Con los rollos de una noche nunca se sabe. Iba a encender la luz, pero no me dio tiempo. Antes de que me diera cuenta, me había dado un golpe y eso me dejó aturdida.

—¿Cuánto tiempo cree que estuvo inconsciente?

—Pues no sé, serían las cinco de la mañana cuando me desperté. De cinco a siete, más o menos.

Robo con agresión, nocturnidad y alevosía. Corte en la cara provocado por golpe con anillo. Víctima inconsciente en la cama, durante al menos dos horas. Se levanta y su acompañante se ha ido. Se da cuenta de que le faltan varias pertenencias.

—¿Sabe si dejó algo en su apartamento? ¿Una prenda de ropa, tal vez una cartera con documentos que puedan

identificarla?

—No, la muy perra se llevó incluso la copa en la que bebió el vino.

No se aportan pruebas.

El oficial Montilla carraspeó, estaban llegando a su fin. Giró el parte en el que había estado escribiendo con pelos y señales y con el bolígrafo señaló una sección determinada.

—En este apartado cubriremos los objetos que le han sido robados. Dígame lo que le sustrajo mientras usted estaba inconsciente.

Lorena desvió la mirada hacia una esquina del techo durante unos segundos, intentando concentrarse para que no se le olvidara nada.

iPodTouch de 5 GB, televisor Samsung pantalla ultra plana de 40 pulgadas, ordenador portátil Apple MacBook Pro, iPad Mini 16 GB, cámara digital modelo Canon EOS 5D Mark III, teléfono móvil iPhone 6.

Cuando le devolvió el parte completado, el Policía emitió un silbido de apreciación. Eran productos caros.

—Ahora comprenderá mi nerviosismo. No es como si me hubiera robado el cepillo de pelo.

Manuel Montilla sonrió en esta ocasión. Era un hombre parco en palabras y en gestos, pero esta broma llena de sarcasmo le había hecho gracia. Acabó de firmar y sellar el documento y con un "listo" dio el encuentro por finalizado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, si la encontramos, acabará metida en un buen lío porque el valor de los objetos robados excede de los cuatrocientos euros.

—¿Eso es todo? —protestó Lorena, sorprendida. Vamos, que a una podían robarle parte de su vida y lo único que le hacían al ladrón era "meterle en un buen lío". Eso le sonaba a multa, tal vez por la cuantía de los bienes sustraídos, pero sin más consecuencias que una palmadita en la espalda y una reprimenda—. ¿No piensan meterla en la cárcel?

—No, salvo que ya tenga antecedentes penales relacionados con este hecho, lo cual es altamente probable, pues no creo que su acompañante pudiera llevarse todas esas cosas sola.

—¿Cree que tenía un compinche?

—Entra dentro de lo posible.

—Increíble —dijo Lorena, meneando la cabeza con incredulidad—. Y todo eso si la pillan, claro.

—Así es.

—¿Y para eso me vengo yo hasta aquí a las ocho de la mañana? ¿Para que ahora me diga que no pueden hacer nada?

—Mire. —Manuel Montilla se incorporó, dejando claro que aquella reunión estaba a punto de terminarse. Lorena pegó la espalda a su asiento cuando observó de cerca su envergadura. El Policía debía rondar el metro noventa—. Si quiere un consejo, mientras espera a que la investigación se realice y se comprueban los hechos, vaya llamando a su casero y pregúntele por su seguro de hogar. Si tiene suerte y dado que ha sido víctima de un robo con violencia, ellos se harán cargo del importe de los bienes robados.

—Ya, así de fácil.

—Así de fácil. Ya hemos acabado. La salida está por ahí. —El dedo de Montilla le indicó la puerta que antes había cruzado. Lorena se dio por enterada. Recogió sus pertenencias y se encaminó hacia la salida.

Tenía los hombros un poco caídos cuando salió de la comisaría. Se sentía cansada y resacosa, e incluso estaba segura de que olía mal, ya que todavía no había tenido ocasión de darse una ducha. Hacía un sol de invierno en Madrid de esos que son imposibles de creer, como si el cielo de un rabioso azul formara parte de un decorado. Lorena echó de menos haber llevado sus gafas de sol. Si lo hubiera hecho, ahora no tendría que estar luchando para mantener los ojos abiertos. Caminó con pasos inestables cegada por la iridiscente luminosidad de aquella mañana de febrero. A punto estuvo de no verla, concentrada como estaba en rememorar el relato que le había descrito al oficial Montilla. De veras esperaba no haberse dejado nada.

La advirtió justo cuando estaba a punto de perderse en el giro de una esquina. Estaba apoyada despreocupadamente sobre el capó de su coche, un precioso Golf plateado, nuevecito, uno de esos coches que parece que te conducen a ti y no tú a ellos.

¿Qué hacía Clara allí?

Tenía sus gafas de sol puestas y un pañuelo de brillantes colores le cubría su larga melena negra. Lorena sonrió con diversión, recordando la escena final de una de sus películas favoritas, *Lazos Ardientes*, cuando Violet, el personaje de Jennifer Tilly, está esperando a Corky en el coche.

—¿Qué haces aquí?

—Has tardado —le reprochó Clara.

—Perdona, el estúpido del Policía me puso de los nervios. Por poco la cago.

—Da igual, si era tan torpe ni se habrá dado cuenta. ¿Te van a dar el dinero?

—Sí —afirmó Lorena, dándole un beso en la mejilla—. Ahora a llamar a la compañía de seguros y cobrar la pasta. ¿Qué quieres que te regale por tu cumpleaños? Porque voy a estar forrada.

Clara activó el control automático del coche y las puertas se abrieron. —¿Qué tal un viaje a Santo Domingo para celebrar nuestro reencuentro?

—Prefiero Acapulco.

—También me vale. En los dos tienen caipirinhas, ¿no?

Lorena la miró con indisimulado orgullo. Esto era lo que más le gustaba de Clara. Su pasión. Su fuerza. Su cinismo y sentido del humor. Clara era capaz de vivir la vida al límite sin reparar en las consecuencias, algo que le había enamorado desde el primer momento, que todavía la tenía enamorada, ahora lo sabía. Había sido una suerte coincidir con ella la noche anterior, después de tanto tiempo. Fue verla y volver a sentir esa pasión desaforada, la piel de gallina, las ganas de que sus labios se juntaran, de acabar la noche en su cama. Ya ni siquiera recordaba por qué habían cortado la última vez, solo que estaba cansada de mencionarla como su ex.

—¿Y cómo me has llamado esta vez?

—Patricia.

—Me gusta, es elegante.

—Y tienes la nariz torcida.

—Bueno, no se puede tener todo en esta vida.

—Eso pensé —respondió Lorena, echando una mirada fugaz por el retrovisor para cerciorarse de que nadie las estaba

observando. Todavía tenían que ir a su casa y asegurarse de que todo estaba listo para recibir a los encargados de la investigación. Habían hecho cosas similares antes, así que no estaba nerviosa—. Por cierto…

—Dime.

—Esto es por la bofetada de ayer. —Lorena levantó la mano y le atizó un bofetón.

Clara se llevó una mano a la mejilla y puso un gesto de dolor. Después, simplemente sonrió y dijo:

—Te he echado de menos, joder.

—Yo a ti también. ¿El coche es robado?

—¡Claro!

—Perfecto. Venga, arranca.

NOTA DE LA AUTORA

Con nocturnidad y alevosía nació hace algún tiempo, fruto de un ejercicio literario con el que pretendía explorar un género y unos personajes muy diferentes a los que suelo escribir. Lorena y Patricia son dos farsantes de medio pelo que en años bisiestos se comunican conmigo para recordarme que todavía tienen mucho que decir. A lo mejor llega el día en el que atiendo a sus protestas. Mientras tanto, espero que os haya gustado tanto leer este pequeño fragmento sobre sus aventuras como me gustó a mí en su día escribirlo.

Si te ha agradado la lectura, aunque corta, lo sé, un comentario tuyo será muy bienvenido. Si no ha sido así, también. Todas las opiniones constructivas son de agradecer.

Gracias por haberme acompañado hasta aquí.

Emma